

Melquisedequianos. Praxéas, de quien ya hemos hablado, fue autor de la heregía de los Patripasianos, llamados así porque atribuían al Padre, lo mismo que al Hijo, la pasión y muerte de cruz. Porque no confesaban en Dios mas que una sola persona, y no admitían mas que un principio, tuvieron tambien el nombre de monárquicos.

Hermógenes, pintor y filósofo, dió todavía mas libre curso á su imaginacion. Abandonó la doctrina de la Iglesia despues de haberla profesado, por seguir la de los Estoicos, revistiéndola de todas sus ideas extravagantes. Aseguraba, que la materia era no solo eterna, sino increada; que los demonios serian reunidos algun dia á este género de substancia semejante á la de los espíritus; y entusiasmado en extremo, decia que el cuerpo de Jesucristo estaba en el sol. Dogmatizó Hermógenes en África, y Hermias y Seleuco enseñaron en Galacia la misma doctrina de la materia coeterna á Dios, con todas las consecuencias que necesariamente de ella se derivan; siendo uno de los puntos principales de su sistema, que el alma del hombre no es mas que un fuego ó un ayre sutil: impiedad reproducida en nuestros dias con un descaro increíble. Añadían que los ángeles la habian creado; pero que esta no era una creacion real que consiste en producir de la nada alguna cosa, sino solo en variar las modificaciones de una substancia preexistente. No podia convenir el bautismo de agua á unas almas de ayre ó de fuego; por lo cual reprobaban este sacramento valiéndose de aquellas pa-

labras de San Juan: *él os bautizará por el espíritu y por el fuego.* Decían tambien que este mundo era el infierno, y que no habia otra resurreccion que la generacion actual.

26. Animaron el celo de los hombres piadosos y sabios capaces de impedir los progresos de la seducción, tantas impiedades y delirios. Es verosímil que se debe la epístola de San Dionisio Obispo de Corinto, dirigida á la Iglesia de Amastris en Paflagonia, á la heregía de los Montanistas y al deseo de precaver las consecuencias de su engañoso rigorismo. Exhorta en ella á los Obispos del Ponto, del cual era parte la Paflagonia en aquel tiempo, á que reciban con benignidad á todos los pecadores que quieran hacer penitencia; y en otra carta procura participar la dulzura de su espíritu á San Pinito, Obispo de Gnoso en la isla de Creta. No concordaban del todo en las consecuencias que inferían de unos mismos principios estos dos grandes hombres, aunque muy elocuentes y muy sabios. Respondióle Pinito, y despues de mostrar el aprecio que hacia de San Dionisio y de su carta, le ruega por su parte que suministre á su pueblo un manjar mas sólido con la instruccion de las máximas de una profesion mas elevada; pero era de temer que si le administraba por mucho tiempo la leche de la indulgencia, no saldria jamás de su infancia espiritual. La providencia que ha hecho tributar un culto público á estos dos Santos nos recomendó tanto la sabia dulzura no autorizada por la austera hipocresía de los hereges, quanto